

ODA XXV.

Á LYDIA.

Parcius iunctas quatunt fenestras

Muy menos que antes tus ventanas pulsan
 Con recios golpes jóvenes protervos;
 Ni ya tu sueño como en otros días
 Férvidos rompen.

Aman las hojas el gastado quicio
 Que antes giraban sin cesar abriendo;
 Menos muy menos al rayar la aurora
 Ávida escuchas

De algún amante el lastimoso canto:
¡Tranquila duermes en la noche larga
Mientras yo tuyo, siempre tuyo, Lydia,
Misero muero!

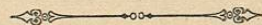
Móvil anciana llorarás por turno
 Al arrogante libertino joven
 En solitario callejón y angosto,
 Túrbido el Tracio

Viento al soplar con indomable saña
 Cual suele, y más si el interlunio llega,
 Cuando al espacio y á la tierra enluta
 Lóbrega noche.

Y espoleada por amor flagrante
 Y aquel deseo que importuno azuza
 Terco á la bruta madre del caballo
 Dárdana potra,

Ha de inflamarte la ulcerosa entraña,
 No sin que exhales gemebunda queja,
 Ver que la alegre juventud florida
 Plácida corta

La verde hiedra de follaje limpio
 Dejado el mirto del Otoño, obscuro;
 Y que da al Euro de la nieve hermano
 Áridas hojas.



ODA XXVI.

Á ELIO LAMIA.

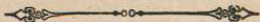
Musis amicus, tristitiam et metus

De las Musas querido, la tristeza
 Y el miedo á la rudeza
 Entregaré del obstinado viento,
 Que al punto, clamoroso
 Al rudo y proceloso
 Crético mar los llevará violento.

Seguro yo, tendráme sin cuidado
 Cuál rey en el helado
 Polo bajo las Osas es temido;
 Ni al triste Tiridates
 Qué míseros combates
 Temeroso dejaron y aturdido.

¡Dulce Pimplea, que amas las bullentes,
 Intactas, limpias fuentes,
 Con flores recogidas en la falda
 Abierta del collado,
 À mi Lamia de grado
 Entretéjele rústica guirnalda!

Sin tu favor no alcanzan valimiento
 Mis honores: aumento
 Dará á las nuevas cuerdas soberanas
 Éste que ahora viene
 Y al que ajustar conviene
 El Lesbio plectro, á ti y á tus hermanas.



ODA XXVII.

À SUS AMIGOS.

Natis in usum laetitiae scyphis

Propio es de Traces de cultura escasos
 Tirarse con los vasos
 Para el uso creados y alegría.
 ¡Fuera de aquí la bárbara costumbre,
 Que á Líbero rubor y pesadumbre
 No menor que las riñas causarí!

¡Cuánto discrepan del alfange Medo
 El grato vino y ledo
 Y lámparas! Callad la gritería
 Desacorde, mis caros compañeros,
 Y mantened vosotros los primeros
 Fijos los codos en la mesa impía.

¿Queréis que á fuerza beba yo mi parte
 Del Falerno y con arte?
 Que de Megila Opúntil el hermano
 Revele cuál herida venturoso
 Le mantiene y cuál otra pesaroso
 Le trae, que le abrió dardo inhumano.

¿No admitís? Pues engáñase el que piensa
 Con otra recompensa
 Obligarme á beber. Sea quien fuere
 Tú amada, vergonzosos tus amores
 No son aunque te abrasen. Pecadores
 Por harto ingenuos fuimos: hablar quiere.

¿Qué tienes? di. Te atiende de buen grado
 Mi oído amuralladó.
 —¡Ah! ¿qué me cuentas.....hombre miserable!
 ¡De Caribdis luchar con el escollo!.....
 ¿Cómo entrar pudo en tan cerrado embrollo,
 De otro amor digno, un joven tan amable?.....

¿Qué sagaz hechiceracuáles magos
 Con venenos aciagos.....
 Qué dios te librará? Con soga fiera
 Te liga; tienes impedido el paso;
 Y dudo que el mismísimo Pegaso
 Te salve de esta tríplice Quimera.



ODA XXVIII.

ARQUITAS Y UN MARINERO.

Te maris et terrae númeroque carentis arenae

Marino.—¡Oh Arquitas, de los mares,
 De la tierra y la arena que no tiene
 Número, medidor, en parvos lares
 De exiguo polvo sobre mil azares
 La playa te contiene,

La Matina ribera,
 Y de nada, oh desdicha, te ha servido
 Las mansiones buscar del alta esfera
 Y que tu ánima el polo recorriera
 Si ahora estás rendido!

Arquitas.—Y murió el parricida
 De Pélope; rey Frigio, padre rudo
 Que á su mesa á los númenes convida,
 Y Titón que en las auras larga vida
 Muy lejos gozar pudo;

Y Minos que llamado
 Fué para entrar de Jove en el secreto;
 Y el Tártaro mantiene aprisionado,
 A Pitágoras otra vez bajado
 Al Orco nada escueto,

Por más que aseguraba
 Que los tiempos de Troya había visto,
 À la par que su escudo desclavaba,
 Y que á la negra muerte sólo daba
 Nervios y cutis, listo

Maestro y muy prudente
 En lo eterno y en cosas naturales.
 Mas.....¡Sólo hay una noche indeficiente!
 ¡Sólo una vez se baja esa pendiente
 Por todos los mortales!

Al torvo Marte fiero
 Las Furias, diversión de otros á costa
 Ofrecen: y se absorbe el mar severo
 Àvido al náuta; el vil sepulturero
 En morada hartó angosta

003275

À trémulos ancianos
En tropel y á mancebos aposenta;
De mendigos las testas y tiranos
Á Proserpina viénele á las manos,
Y ninguno la ahuyenta.

À mí rápido el Noto
Compañero de Orión ya en el ocaso,
En las ondas Ilíricas, piloto,
Me sepultó con hórrido alboroto
Y me detuvo el paso.

Pero tú, navegante,
Un puñado de vaga leve arena
No rehuses con frígido semblante
À mis huesos y cráneo que asomante
Vese en la playa egena.

¡Y así las Venusinas
Dulces selvas veanse meneadas,
En vez de las Hesperias azulinas
Olas sobre las cuales hoy caminas
Por Euro amenazadas,

Inmune tú quedando!
Y fluyan sobre ti bienes sin cuento
Del justo Jove y de Neptuno blando
Protector y custodio venerando
De la sacra Tarento.

¿Qué, mármóreo y hurafío
Me oyes y no precaves negligente
La fraude, para ti funesto engaño,
Y que será después, de negro daño
À tu prole inocente?

Y tal vez aquí mismo
La pena que reclama la justicia
Reportes y de cuitas al abismo
En que yo estoy te lleven tu egoísmo
Y suerte no propicia.

Ni quedará mi ruego
Sin ser oído; siempre que se atienda
Como se debe, no hallarás sosiego;
Ni ha de extinguirse el expiatorio fuego
Por pacífica ofrenda.

¡Ay, por más que te anima
El afán de correr á tu destino,
No tendrás gran demora: á mí te arrima;
De arena tres puñados ponme encima
Y sigue tu camino!



ODA XXIX.

Á ICCIO.

Icci, beatiss nunc Arabum invides

Mueven, Iccio, tu envidia
 Las dichosas riquezas de la Arabia;
 Y forjas acre lidia
 Llevado de la rabia
 Al rey Sabeo á quien ninguno agravia.

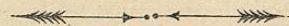
Ya anudas la cadena
 Para el horrible Medo. ¿Á qué consorte,
 Muerto el esposo apena,
 Que su viudez soporte,
 Traerás aunque bárbara, á tu corte?

¿Qué mancebo galano
 De la nobleza, ungidos los cabellos,
 Tu copa tendrá ufano
 Y adestrado en los bellos
 Paternos arcos, enemigos cuellos

Á clavar con saeta
 De la Tartaria?..... ¿Quién negar podría
 Que la fuente secreta,
 Veloz, sonora, fría
 Á las arduas montañas volvería

Y el mismo Tíber claro,
 De Sócrates las obras y Panecio
 (Que guardabas avaro,
 Compradas á buen precio,
 Traídas de otras partes con aprecio)

Al oír que trocarlas
 Intentas por lorigas españolas?
 Por más que ahora parlas,
 Iccio, piensa á tus solas
 Que prometiste y la promesa violas.



ODA XXX.

Á VENUS.

O Venus, regina Gnidi Paphique

Reina de Pafos y de Gnido, oh Venus,
 Deja tu Chipre y la mansión escoge
 De mi Glicera que al llamarte ofrece
 Múltiplo incienso.

Contigo vengan, el Amor insano,
 Las Gracias, suelta la fulgente zona,
 La ninfa, el púber que sin ti se muestra
 Áspero, y Hermes.

OD. XXXI.

Á APOLO.

Quid dedicatum poscit Apollinem

No pide, no, el poeta
Al libar hoy que se dedica un templo
Á Apolo con insueta
Pompa, las mieses ricas sin ejemplo
De Cerdeña ó el mugiente
Grato rebaño de Calabria ardiente.

No ruega y pide el oro
Corusco, ni el marfil antiguo indiano
Ni los campos, tesoro
Que adormecido el Liris soberano
Cubre con manto verde
Y poco á poco le socava y muerde.

En el lagar las uvas
Con hoz cortadas que forjó el Caleno,
Pisen junto á las cubas,
Por gracia, los que ven, de un hado bueno
Bermejas sus campiñas
Enredadas en pámpanos y viñas;

Y beban de oro en taza
Los confortantes vinos adquiridos
Con cálculo, arte y traza,
Los mercaderes ricos bien queridos
De dioses, que en cuantía
Truecan por ellos rica mercancía,

É impunes, sin temores,
Van tres ó cuatro veces en el año,
Á hielos y calores
Insensibles, en pos de dulce engaño,
La húmida lona suelta,
Al Atlántico mar dando la vuelta.

Sírvanme de sustento
Á mí las verdes, gruesas aceitunas;
Acrezcan mi contento
Las gratas achicorias oportunas,
Y las ligeras malvas
De tiernos tallos y de flores albas.

¡Oh de Latona hijo!
Dame, para gozar de aquestos bienes
Con paz y regocijo,
Fuerzas cabales y robustas sienes.
¡No la vejez impía
La lira arranque de mi mano fría!



ODA XXXII.

Á SU LIRA.

Poscimus..... Si quid vacui sub umbra

Si algo á la sombra sin fatiga un tiempo
Canté contigo, que por todo este año
Viva y por muchos, suplicado, oh lira,
Ruégote cantes

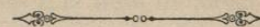
En nuestra lengua al ciudadano Lesbio
Que fué el primero que pulsó tus cuerdas;
Ora en la lid, al ruido de las armas
Mílite bravo,

Ora del mar en la mojada orilla,
Ligada y quieta su abatida nave,
Cantaba á Baco y á las doctas Musas,
Cándida á Venus

Y al niño blando que consigo siempre
Lleva, y á Lico por sus negros ojos
Y su cabello, cual los ojos, bruno,
Plácido y bello.

¡Salve de Febo sin igual decoro,
Lira agradable, del supremo Jove
En los banquetes que á los dioses altos
Próvido brinda,

Dulce consuelo en mis trabajos rudos,
Que pronta y fácil en mi ayuda vienes
Cuando te invoco en la prescrita forma,
Gózate, salve!



ODA XXXIII.

Á ALBIO TIBULO

Albi, ne doleas plus nimio, memor

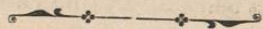
Albio mio, no llores nada cuerdo
Movido del recuerdo
De la cruel Glicera; y ya no entones
Ternísima elegía
Queriendo averiguar por qué la impía,
Lesada la fe, prefiere á los garzones.

Lycori la gentil de frente escasa,
Se consume, se abrasa
En el amor de Cyro; y él prefiere
Á Foloë la altiva,
(¡Misterios del amor!) pero ella es viva
Y debemos creer que antes prospere

Tal afición entre la cabra y lobo
Pullés en este globo,
Que Foloë al torpe adúltero complazca.
De este modo imagina
Y siempre imaginó Venus Ciprina;
Pues no hay ocupación que más le plazca,

Que juntar formas y ánimas impares
Y enviarlas á los lares
Con dura atadas y tenaz cadena
En bárbara alegría.
À mí mismo y en no lejano día,
Con mejor hado, en hora más serena

Con grillos apresóme de albas flores
En sus gratos amores
La liberta Myrtala, más amarga,
Más acre que los mismos
Del Adriático túrbidos abismos
Cuando á la curva Calabresa embarga.



ODA XXXIV.

Á SÍ MISMO.

Parcus Deorum cultor, et infreuens,

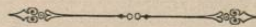
Por mientras de la ciencia delirante
De frente vi el semblante
Con poco tino errando en sus escuelas,
De los dioses el culto
Abandonaba estulto:
Hoy al volver atrás cambio las velas.

Porque á menudo en su honda lejanía
Vibra el Padre del día
Corusco fuego y rasga la gris nube,
Y aviva á sus alados
Caballos que espantados
Bufan al par que el carro baja y sube;

Y treme de terror la inmoble tierra
Con el río que yerra
Y la Estigia y el sótano profundo
De Ténaro y odiado,
Y el límite apartado
Del Atlántico, término del mundo.

Puédelo Dios y puede sin fatiga
Trocar en vil ortiga
El encumbrado roble; y al erguido
Doblarle la cabeza
Sacando con presteza
À clara luz lo nada conocido.

Gózase á instantes la rapaz fortuna
Casi siempre importuna,
Sin que la atore el foso ó baluarte,
Entre el estruendo y lloro
Arrancar un tesoro
De súbito y ponerlo en otra parte.



ODA XXXV.

À LA FORTUNA DE ANCIO.

Oh Diva gratum quae regis Antium,

¡Oh Diva que al dulce Ancio y floreciente
Siempre riges presente
Para elevar al hombre de la escoria
Donde yace abatido,
O bajar al soberbio que ha subido
Y convertir en funeral su gloria!

Te anhela de los campos el colono
Empobrecido, prono
Con fervida oración y el que fatiga
Al piélago Carpacio
Y en Bitínica nave entró reacio,
Por ser tú de la mar reina y amiga.

Áspero el Dacio, el fugitivo Escita
Témente, y los imita
La ciudad, la nación, el Lacio fiero,
De los bárbaros reyes
Las madres, los tiranos con sus leyes
Y su purpúreo manto placentero.

La columna que está, con pie injurioso
Nunca en día ominoso
Te plazca derribar; no amotinado
El pueblo quiera armarse
Y comience el imperio á fraccionarse
Cuando el pueblo las armas ha dejado.

Siempre de ti delante, la sañuda
Necesidad y cruda
Irá llevando en la broncea mano
Grandes clavos y cuñas;
No faltarán los ganchos, crueles uñas,
Ni el derretido plomo é inhumano.

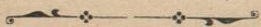
La Esperanza y la rara Fe inviolada
Con lienzo albo velada,
Te veneran; y aquesta no rehusa
Ir en tu compañía
Si enemigo el vestido truecas pía
Y la rica mansión dejas confusa.

El vulgo infiel, perjura la ramera
Unidos vanse fuera;
Los amigos ahuyéntanse engañosos,
Dejando de continuo
Secas, sin hez las cántaras de vino,
Pues no conllevan yugos onerosos.

Al César que dirígese á Inglaterra,
Extremo de la tierra,
O casta Diva, acorre y guarda sano,
Y al enjambre reciente
De jóvenes temibles del Oriente
Á los pueblos y al índico Oceano.

¡Ay, que á nosotros cáusanos afrenta
La cicatriz sangrienta
Y de nuestros hermanos el delito!
¡O edad nefanda y dura!
¿De qué nos libertó nuestra cordura?
¿Qué, sin tocar dejó nuestro delito?

¿Dónde detuvo, dónde la audaz mano
 El vil joven é insano
 Por temor á los dioses? ¿y qué aras
 No violó? ¡Ojalá en nuevo
 Yunque las armas (Diva, á ti me elevo)
 Contra el Escita y Árabe forjaras!



ODA XXXVI.

Á PLOCIO NUMIDA.

Et ture et fidibus iuvat

Agrádame este día
 Con incienso y laúd y de un becerro,
 Con la debida sangre fresca y pía
 Vertida por el hierro
 Sagrado sobre el césped de algún cerro,

Á los dioses custodios
 Aplacar de Numida, quien ahora
 De la remota España, libre de odios,
 Tras no breve demora,
 Con salud ha llegado bienhechora.

Ósculos él recibe
 Que retorna cortés á sus amigos;
 Y á nadie se le mira tan proclive,
 De ello siendo testigos
 Aun el techo, columnas y postigos,

Que al dulce Lamia y caro:
 Por no olvidarse de que en la puericia
 Fué de ambos uno el pedagogo y fero,
 Ni de que la propicia
 Toga entrambos cambiaron con delicia.

¡Qué día tan glorioso
 No quede sin señal! Con greda marca
 La piedra que destino, presuroso;
 Y cuida no ande parca
 El ánfora sacada, en la comarca;

Y que no se conceda
 Á los ágiles pies descanso alguno,
 Según Salia costumbre. Se le veda
 Á Damalis que al tuno
 Alegre Baso que asomó oportuno,

Vencer audace quiera
 En beber á gallette mucho vino:
 Y en las mesas las rosas entrevera
 Con vivaz opio fino
 Y lirio, no durable, peregrino.

En Damalis maligna
 Pondrán todos la túrbida mirada;
 Mas, ella torpe y de su amante digna
 Con éste irá ligada
 Como hiedra del árbol afianzada.

ODA XXXVII.

Á SUS AMIGOS.

nunc est bibendum, nunc pede libero

Llegado es el instante, amigos míos,
De beber, y con bríos
Y desatados pies herir el suelo;
Y con Salios manjares
De adornar de los Lares
El almohada con piadoso anhelo.

Crimen fuera el sacar antes de ahora,
De donde se robor
Bodega antigua, de Cecubo el vino,
Mientras al Capitolio
Amenazó y al solio,
De Cleopatra el sueño peregrino.

De indignos hombres con su grey odiosa
Y enferma, inhábil osa
El triunfo esperar, aunque impotente,
Fiada en su fortuna
Que aun antes de la cuna
Con dulce rostro mírala riñente.

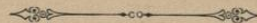
Mas, templó su feroz desasosiego
La nave que del fuego
Única salva; y trueca los furoros
Que le ocasiona el rico
Licor Mereotico,
El César en certísimos temores;

Quien, por cazarla, vuela con los remos
De Egipto á los extremos
En viaje presuroso desde Italia
(Cual buitre á las palomas
O á la liebre en las lomas
Nivosas, el flechero de Tesalia)

Y aherrojar beligeró y terrible
À ese monstruo temible,
Que más gloriosa muerte sólo anhela;
Y que del hierro el filo
Plácida vió en su asilo,
Cual héroe, y no fugaz dióse á la vela.

Y que su alcázar reducido á escombros
Sin linaje de asombros
Contempla altiva con mirar sereno;
Que irritó á las serpientes
Cuyos agudos dientes
Le inocularon el fata! veneno.

Más brava, por conforme con su sino,
Por su instinto dañino
Llegó á envidiar á la enemiga trabe
La gloria desmedida
De llevarla prendida
Cual vil esclava que morir no sabe.



ODA XXXVIII

Á SU PAJE.

— — —
Pérsicos odi, puer, adparatus;

Odié, mancebo, el aparato persa;
Me desagradan las coronas leves
Que con corteza de gallardo tejo
Míranse atadas.

No, no persigas á la tarda rosa
En el rincón en donde nace y muere;
Que nada añadas al modesto mirto
Férvido anhelo.

No á ti, que sirves, te conviene otro árbol
Que el mirto humilde, cual ni á mí servido,
Que bebo y bebo cabe el pie de tierna
Lúbrica parra.



libro segundo.